

[RESEÑA]

Sobre *Elegía en Portbou*, de Antonio Crespo Massieu
(Bartleby Editores, 2011)

Una lectura vivida de *Elegía en Portbou*

por Antonio Martínez i Ferrer (desde la Barraca de Aguas Vivas)

Nota inicial*

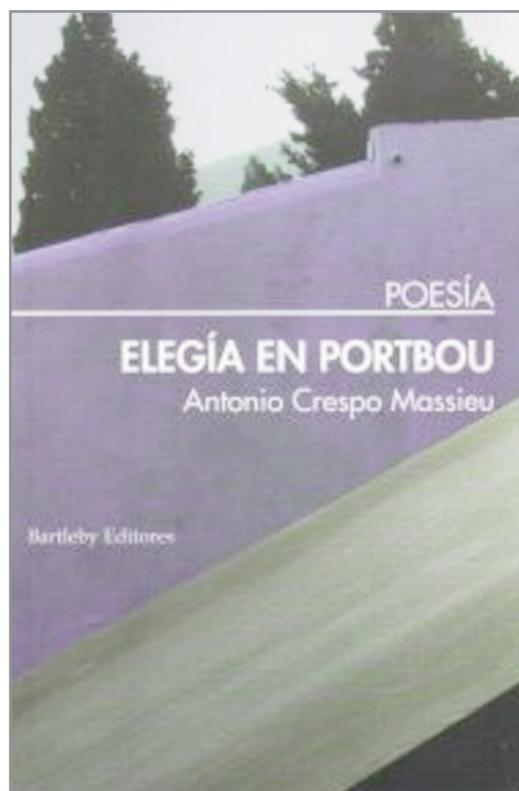
La magnitud de esta obra ha sobrepasado mi capacidad de identificar y valorar todas las claves de la misma, reconozco que estoy aturdido aún y que sólo desde el reconocimiento de mis limitaciones me atrevo a permitir su publicación; la grandeza de *Elegía en Portbou* dará, en el futuro, con otros que, con más talento y tino, tomen en sus manos la tarea de penetrar en todos los significados y valores de esta singular disección de todas las derrotas, las persecuciones, cautiverios y muertes que jalonaron el pasado siglo. Por mi parte, sólo cabe dar las gracias por este gran libro-poema a mi querido amigo y compañero, y pergeñar esta especie de *decir* acerca de su lectura, desde mi retiro en la Barraca.

Decir (de los cantos)

La lectura de *Elegía en Portbou*, de Antonio Crespo Massieu, me ha devuelto el recuerdo de innumerables viejas experiencias familiares, las de mi padre, Antonio Martínez García, y las de mi tío, Marcial Martínez García; así como las mías propias y las de otros compañeros perdidos en el camino.

Mi padre fue asesinado por el ejército franquista el 31 de octubre de 1940 en Paterna, Valencia, sin un juicio que garantizará su defensa, y allí, en el cementerio de Paterna, durante las visitas que hacía de la mano de mi madre a las fosas comunes, a esas pequeñas plazoletas (pues eso es lo que veía mi mirada de niño) llenas de azulejos con nombres pintados y que, por la festividad de todos los santos, se llenaban de ramos de flores y de personas con la mirada triste y en profundo recogimiento; allí me familiaricé con la dignidad de los que no olvidan.

Mi tío Marcial, que sufre la enfermedad de Parkinson, acaba de cumplir 90 años y vive en Francia, se alistó cuando tenía 17 años como voluntario del Ejército Republicano y después de realizar la etapa de instrucción en Valencia pasó al ejército de Cataluña participando en la Batalla del Ebro. En el mes de febrero de 1939, pasó la frontera por el paso de Portbou, yendo a parar al campo de internamiento de Barcarés, de Saint Cyprien y, a continuación, pasó al campo de trabajo de la ciudad de Setfons, Campo de Judes. De él tengo la



* Escrita después de haber terminado este *decir* acerca del libro *Elegía en Portbou*, de Antonio Crespo Massieu.



imágenes de su paso por Portbou, en ese frío mes de febrero, y la vida en el campo de Barcarés, en donde sobrevivían sin barracones para resguardarse del terrible frío invernal de la playa, sin agua y sin apenas comida; algunos días les daban un pan para seis u ocho refugiados, hacían agujeros en la arena y dormían abrazados unos a otros para combatir el frío, lo que no impedía que, cada mañana, apareciesen camaradas muertos de hambre y frío. Cuando pasaron a Setfons, se construyeron ellos mismos los barracones y fueron utilizados como mano de obra para realizar trabajos en la zona, y así, al menos, pudieron mal comer y mal dormir en barracones.

Yo también crucé Portbou, el 24 de diciembre de 1975, huyendo de la represión franquista, pues sobre mí pesaba una orden de búsqueda y captura, a causa de mi militancia política y sindical; por lo que viví en Francia como refugiado político hasta marzo de 1977.

El regreso a España estuvo rodeado de una gran tensión pues la orden de búsqueda y captura seguía activa, pero, dado que había comenzado el proceso de Transición, pensé que ya no me detendrían, de modo que decidí volver a mi antiguo trabajo en Cartonajes Suñer, de Alzira; en donde la misma empresa de la que había sido despedido cinco años antes, junto a otros dos compañeros, acusados de comunistas, se vio forzada por las acciones de mis compañeros a readmitirme de nuevo.

Y digo todo esto, pues es, con este bagaje de experiencias familiares y personales, como he recorrido el excepcional poemario *Elegía en Portbou*. Y es que este poemario provoca, desde sus primeros poemas, el sentimiento de estar ante una profunda y emocionante disección, como he dicho, de la trágica realidad de las persecuciones, de los exilios, de los olvidos, del hambre, el frío y las soledades de los derrotados de todo un siglo terrible, pero también de su solidaridad y de su capacidad de sacrificio, que nos permiten seguir mirando con algo de esperanza el futuro.

Dividido en diez cantos, distribuidos, a su vez, en varias secciones, el libro guarda, sin embargo, una íntima unidad temática y emocional, que lo convierte en un solo y extenso e intensísimo poema elegíaco.

Canto I. *Sobre la mar su canto y su ausencia*

Viajero de esferas ingravidas..., así comienza y emprende su vuelo la voz que nos hará mirar con atención emocionada y contenida todo aquello *-presencias*, sobre todo— cuanto en el camino que recorreremos juntos se nos

ofrecerá para nuestra conmoción y acogimiento; todo lo que la memoria y el olvido dejó gravado en el camino, en las piedras, en los muros o en el viento... *¿dónde? donde el canto, donde el vuelo, lo no visto lo presentido, lo indecible...* en lo vertical y en lo horizontal, dentro y fuera... *allá siempre hay una línea inasible que es surco, propuesto horizonte, promesa...* Y las palabras descienden al mar desde los grandes ojos y las manos de arena, cobijos de tanto dolor, de tanto olvido; huellas, al fin y al cabo, de los que peregrinaron por esas piedras hacia sus respectivos desencuentros y sufrieron (y sufrimos)... Y, así, el canto, como la mirada, sobrevuela alto y reconoce, y nos devuelve, los lugares del sufrimiento común de aquellos a los que la barbarie multiplicada y repetida obligó a huir o a confluir en ese Portbou, ya metáfora y símbolo: Portbou-puerto de Alicante, Portbou-orillas del Tajo, Portbou-Auschwitz... Y siempre las olas inacabables como el dolor del perseguido, del hambriento, del arrecido, del muerto entre tantos muertos; pues como dice mi querido Antonio en los últimos versos de este primer canto de mar, viento, grito, horizontes y pájaros de lagrima y de viento: *Este tejido de fracasos/ entretejido de derrotas, vacilaciones,/ este límite que nunca se alcanza/ es también el mar.*

Canto II. *Esta extraña fidelidad tan perruna y nuestra*

Quienes conocemos a Antonio y a Carmen, su compañera, y, además, tenemos el privilegio de su amistad, conocemos el profundo amor que a todo lo vivo profesan y en especial a su hermosa y pacífica perra, que siempre llevan consigo, compartiendo tiempo y techo con ellos; por ello, no nos sorprende este segundo canto de *fidelidad perruna* (tan humana), en el que la vozalzada nos obliga a mirar el dolor de la naturaleza y en particular de todo lo vivo que nos rodea. Es amor y respeto profundo y verdadero. Y las palabras van desgarrando los gestos, la mirada, las caricias de esa fidelidad y dolor tan imposiblemente humanos: *...imposible fidelidad,/ recibe piedras, desprecio, cuerdas, llagas/ migajas y se aleja o acompasa el paso/ mendigando pan, cariño...* Y pienso yo, entonces, en ese andar del perseguido y del hambriento que deambulaba por Portbou en esos fatídicos días del exilio, en los que la huella del perro y la del hombre son tan iguales, tan solas, tan hambrientas. La mirada de Antonio logra llevarnos al centro de ese dolor y condición compartidos *...Allí un aullido casi humano/ y una palabra casi aullido...* Voz única, estremecedora y trágica *...¿dónde lo no decible/ si jadeo y palabra/ se llaman en silencio?... Que nos ayuda a comprender el tiempo y la agonía de la memoria a través del recuerdo de otro perro abandonado y vapuleado, Walter Benjamin ...por las calles derruidas de Portbou para habitar/ el tiempo de la morfina, el olvido del ángel, para ser sólo/ hueso de perro muerto roído por otro famélico perro/ que llegó una mañana a esta luz, a esta extraña fidelidad/ (tan perruna, tan callejera, tan nuestra y olvidada) de la memoria.*

Canto III. *Para llegar a un banquete sin orillas*

Los pasos y las palabras de Antonio, tan ricas y diversas y tan repletas de realidad, nos llevan, contra todo y a pesar de todo, a la esperanza *...lo despiezado, cuarteado, lo disperso, lo desprendido,/ todo lo reuniera o convocara con el vendaval de su aliento/ como si juntáramos manos, palabras, gestos/ y le hiciéramos respirar hacia dentro...* Muy adentro, en donde germina siempre una semilla de vida renovada, el dolor se suspende por un instante, antes de cruzar esa esquina de luz y sentir de nuevo la profunda soledad del perseguido, del que llaga en las palabras, del que se acurruca en los rincones, acosado como una alimaña... *¿o acaso llegaste tú como huérfano o peregrino/ de un siglo roto?.../ ...el hijo del horror, el inocente, el nacido/ sin otro mundo que la ausencia de mundo...* Y los recuerdos se hacen piedra, nombres, esquina, cuartilla o lápiz, o grito, bajo la pesada carga de lo presenciado y rememorado... *un esfuerzo herido,/ absurdo, desproporcionado, torpel mente heroico, sin claridad, todo barro,/ letrina, deforme cuerpo enano patizambo,/ escondida carne persistente y tenaz...* Para el rescate, por la palabra y la enunciación, de todos los inocentes *...los que marchan entre aullidos,/ la niña que escribe cartas y la que pinta en un cuaderno/ escolar su belleza condenada, la sonrisa del muchacho/ tras el alambre de espino, todos nombrados, rescatados...* Pues les espera el regreso, por la nieve acaso que conoció la huella a todos *...a un banquete sin orillas,/ al instante del cumplimiento.*

Canto IV. *Y regresan las cosas al origen primero del lenguaje*

Y es que como Antonio sabe cuán sordos somos a la historia y lo taimados que son los recuerdos, convoca, una y otra vez, a las palabras, a los protagonistas y a los hechos justos, para que regresen, para que sean, para que digan, para que no se pierdan en el silencio *...la que se hace carne o rescoldo, lo dejado,/ lo que estuvo y fue...* camina y rebusca en todos rincones, donde se acumula el polvo y donde el sentido espera la mano y la mirada que libere todas las cosas del olvido *...Allí donde está escondido el nombre, el instante/ en que todas las cosas regresen y asciendan...* Todo lo que sólo está contenido, acaso, en la abierta mirada de un niño *...Así como los niños juegan*

a hacerse con la semejanza,/ imitan mundo, aprenden las horas, los disfraces,/ lo oculto, lo imprevisto y se visten con el miedo/ para habitarlo, hacerlo suyo... En cuya claridad se recoge Antonio y nos obliga a deslizarnos como en un carrusel de vida y de esperanza recuperadas.

Canto V. *En la frontera de la luz y la historia*

Desde el frío invierno contemplado, desde la distancia insalvable y salvada, a la vez, Antonio se reconoce con Benjamin y penetra con esa singular sensibilidad en sus tiempos más íntimos y camina con él, aprehendiendo su gesto, viendo por sus ojos y sintiendo con su estupor y dolor; haciendo real su presencia, rememorando las últimas horas del reencuentro, del perseguido, del ignorado, que recorría gozoso, en otros días, sin embargo, los mundos de la belleza y del pensamiento... *Cómo olvidar lo que viste en Venecia,/ la majestuosa quietud de la plaza,/ la noche, los canales, el misterio del agua,/ el húmedo verdín de la belleza...* Como si todos los perseguidos fuesen, en realidad, uno, el mismo perseguido... *¿Acaso es posible entenderte a ti,/ el ausente, el sólo palabra interrumpida,/ sin aquella acuarela donde color y forma/ anticipan el desgarró, la meditación, la analogía,/ el curso del pensamiento, la última reflexión,/ la condena y esperanza de la historia?... / ...Ahora, en este azul perfecto que al mar se precipita,/ en este viento que parte en dos el siglo,/ en esta loma que lo corona,/ en este cementerio de luz y ausencia/ en que a ti te busco entre muertos sin nombre,/ desterrados, enterrados en tierra extranjera...* Cuánta belleza en estos versos, cuánto amor y cuánta ternura en el recuerdo, pero también cuánta soledad la que retornará a Portbou, cuando su mirada y sus pasos, y los de su perro, siempre al lado, dejen de sonar entre esas viejas piedras del enclave fronterizo; como sucedió con la otra mirada y los otros pasos... *¿Es esta la misma bahía?/ la misma que antes fuera lienzo, acuarela,/ vida? ¿acaso es siempre el mismo ángel,/ el mismo mar? ¿regresa o sólo nos espera?.../ ...¿Son los mismos días? ¿el refugio/ de una belleza que siempre vuelve?/ ¿la nostalgia limpia de lo vivido?/ ¿esta destartalada pensión de Portbou,/ esta fonda hotel de Francia es la misma/ de Colliure? ¿acaso abrir la ventana,/ ver la vista sobre la bahía, el mar/ insinuado o no más que oscuridad/ es el mismo gesto?... Y me viene entonces el recuerdo de mi tío Marcial Martínez, con sus apenas diecinueve años, hambriento, en aquel helado mes de febrero del 39, hecho la imagen misma del frío frente a ese mismo mar que ahora contemplamos. ¿Qué belleza habría en esas olas, si la había, para aquellos seres hundidos y vejados por la derrota? ...Estoy aquí con los que lloraron/ arena en los campos, los que fueron ceniza,/ los que siguieron viajando como fuga sin sentido... / ... aquí en Portbou,/ en la frontera de la luz y la historia.*



Canto VI. *Está la llaga y la luz y la luz prevalece y salva*

La luz, lo cercano, lo no perdido, lo que recorre los fogones de la esperanza llenando el espacio de ese calor que prevalece contra el frío del olvido y la llaga del amor; cuánta ternura hay en sus versos y cuántos caminos y encuentros, en su mirada... Antonio no cesa nunca en la búsqueda de la luz y en ese trayecto encuentra el amor, esto es, la búsqueda compartida de la luz... *Éramos como nuestros cuerpos: una insolente certeza,/ el desnudo afán de una belleza nuestra y desconocida.../ ...y fuimos vergüenza/ cuando al alba era la muerte y su decretado silencio... / ... Y sin embargo nada, ni la noche, el horror, el miedo,/ nada/ abolía la sonrisa ... / ... Éramos certeza, una luz, un cuerpo esperando otro cuerpo...* E, insaciable, Antonio insiste, una y otra vez, en el renacer de lo único, de lo irrepitable, creando y recreando sin desmayo, como hacen con el mar aquellas olas; como una vencida resistencia contra la muerte... *Está la herida y está la luz,/ están los cuerpos, su tenaz resistencia,/ la pasión, lo vivo elemental,/ está la carne/ está la llaga y la luz/ y la luz prevalece, ilumina y salva.*

Canto VII. *En este terco suburbio de la esperanza*

Pero ahí está la agonía y el cansancio de ese compendiado universo de huidas y llegadas que fue Portbou; para muchos, la estación final... *Es tanto el cansancio, la pesadumbre, el ajeno envilecimiento,/ tan trabajoso el camino, tan angosta la jornada del desamparo,/ tan inútil la palabra, los pesados pasos de un futuro inexistente...* Su lápiz recibe y acoge entonces toda esa carne condenada... *en este/ caminar despacio, sin fuerzas, hacia el desastre/ o la aniquila-*



ción.../ ...un bulto entre los bultos... Todos están en el lápiz de Antonio, y su dolor reescrito. Antonio, herido por las imágenes, se desangra en las palabras de relator fiel y deja que se desgarren sus versos... Y aún así, de camino/ la vista siempre atrás, amando/ lo que queda lejos.../ ...caminas mientras cae lluvia o gotas de sangre/ resbalando, ungiendo de todo lo perdido.../ ...Fugitivo pasar de un hombre cada día más viejo, cansado/ por el peso de los días, por esta patria extraña, huraña, por esta/ repetida ignominia que cala hasta las entrañas.../ ...Al exilio se encaminan los restos de la luz y la palabra... Y, con su afán, Antonio rescata incluso la piedra, el aire y los nombres de los muertos, y los dignifica, como a sus huesos amontonados; todo lo recupera su palabra para dar fe del paso y del final reposo

de cada uno de ellos... y así hasta sesenta/ y nueve en esta piedra, en este cementerio dicho,/ llamado, conocido, de los españoles, aquí reposan,/ en la traspasada luz de la memoria, en este tercol suburbio de la esperanza,/ aquí aguardan.

Canto VIII. *Miraba el blanco cementerio como un presagio*

La mirada de Antonio se convierte entonces en la patria de todas las voces, de todas las miradas, de todos los asombros, de todas las vidas y de todas las muertes de aquella multitud de huidos entregada al destierro, a la arena, al hambre y al olvido; y acogida finalmente en ese pequeño cementerio blanco... *Todo aquí descien- de como vértigo, impulso/ ciego entre escombros y un vacío de muerte.../ ...contemplas la herida muchedumbre que camina al amanecer/ entre raíles, roídos rieles del desamparo.../ ...Los ves surgiendo del vientre oscuro/ de la montaña... / ...Por aquí pasaron (y hoy espanta lo oscuro,/ imprevisible, la gravidez de la roca... Y en ese blanco que se resiste a ser sombra, se reordenan los tiempos y recomienza la tenaz andadura de la mano de cada uno de ellos... ellos que nada llevan, nada anuncian, nada esperan... / ...Ellas, los doloridos, los viejos, las madres,/ los que dejaron el fusil en la frontera.../ ...Y serán desperdigados, contados, ordenados, / despreciados y por el mar cercados entre alambradas.../ ...Así dibuja Filomena Torroello que tiene catorce años.../ ...Margareta Zimmerová,/ que tiene doce años dibuja un jardín.../ ...y también leemos pequeño/ jardín, la senda es estrecha y un niño camina por ella/ esto dice Franta Bass que nació en el treinta y murió/ en el cuarenta y cuatro... Niños que siguen siendo niños, que dibujan como niños, que escriben como niños, y dejan sus miradas de niño y sus miedos de niños y su hambre de niños y el frío y el azul, la arena, el patio, la escuela, el árbol; todo lo recoge Antonio con la diligencia de quien ha llegado de mañana para ser hoy entre ellos... Frantisek Bass escribe/ en Terezín su pequeño poema ... / ... Ruth Heinová que vivió/ diez años pinta una feria ... / ... o Marta Kendeová que vivió/ catorce dibuja un barco entre montañas negras ... / ... y José Collados García/ barcos y aviones y un pueblo con su castillo ... / ... y Miroslav Kosek ... / ..., Eva Meitner ... / ... y Eva Picková ... / ... Eva de Nymburk que dice Queremos hacer un mundo/ mejor –no debemos morir... Y tantas y tantas otras historias que Antonio nos enuncia y que nosotros recorreremos de su mano, más allá de las alambradas, del hambre y de la muerte en la playa; del pequeño cementerio blanco a los días de Auschwitz. Es cuando Antonio nos emplaza a ser, a levantarnos contra la ignominia.*

Canto IX. *Zarza ardiente de la piedad y la restitución*

Antonio, a estas alturas, está a punto de culminar el milagro de la resurrección; el de un tiempo y unas vidas que no formaban parte de la memoria y que él nos restituye cabalmente, para que lo completemos... *Ahora, en este último descenso, alguien encajaría piezas,/ explicaría lo inexplicable, llamaría designio o cumplimiento/ a tantos azares... Reconstruye y ordena lo amontonado, lo disperso, lo apartado, en el hogar cálido de sus palabras, para que una huella persistente cruce nuestra conciencia y restablezca el discurso de los hechos y siembre la conciencia del imponente exterminio; una huella de los niños, de los hombres, de las flores, de los nombres, de las plazas, del mar, y de ese cementerio y de sus silencios. Ha dado cumplimiento a su relato del dolor... a un dolor excesivo, a una dilatada agonía, el recuerdo/ de cada instante de luz, la restitución de todas, cada una/ de las heridas, las palabras pronunciadas, los nombres/ perdidos... y se pregunta, una y otra vez, ¿por qué?, y recuerda a Walter Benjamin... un hombre que nunca dijo sí/ a la infamia, ni calló, ni aceptó, aunque amó el bosque,/ la lengua, la*

tierra, la herencia de lo vivo, lo noble, lo abierto,/ y fue mirada melancólica mas nunca corrupta... Y en él cifra todo el dolor acumulado, pero también la seguridad de la redención... Y al fin/ el ángel de la historia descansó, abrió sus alas para musitar/ uno a uno los nombres del imposible olvido como consuelo,/ hueco, margen, como encendida memoria del libro quemado,/ zarza ardiente de la piedad y la restitución.

Canto X. *Mira, descansa, descansa al fin hemos llegado*

Y no queda más...

*Hijo de la medianoche, llegas, cumplido el siglo de la infamia
a este precipicio de aterradora belleza, a este límite donde todo
confluye, a este exceso de luz, cerrado horizonte donde todo
es descenso, un encuentro con lo que espera y acompaña,
pues conmigo bajan hacia la bahía, hacia la playa
de guijarros y barcas, hacia el mar, su infinita oscuridad,
vienen los apenas nombrados, los caídos del libro, los tiernos
habitantes de los márgenes, los maldecidos, los ejecutados
el último día y los que lo fueron en las cunetas, en las tapias,
en los recodos nocturnos, los deslumbrados por los faros,
los que temblaron al alba, los que nunca fueron honrados,
los que aguardan la resurrección de la memoria, los que no olvidan.*

Una última mirada a todo, a los hombres y hombres niños, a los hechos, a los paisajes, a los pájaros, a los perros, a las playas, al frío y al hambre, a la soledad y a ese resto que es y el otro que fue, el tiempo vivido y el enterrado entre las paredes del pequeño cementerio llamado "de los españoles", y lo dicho y lo callado, lo que se ha visto y lo que se ignora, y todo desde ese lirismo tan denso, bello y exigente, al tiempo que frugal y armónico, todo nos deja y no es un adiós, sino retorno

*Todo lo que ilumina, retorna,
se pierde, se nace, se hace,
palpita, gime, desciende en trino, en hilo,
en luz, en canto y se inscribe en papel
arena, arco frotado, en claridad llegada,
llagada, en piedra, en canto rodado.*

*Se escriben como tiempo.
Una multitud de actos detenidos en sílaba,
en nota, letra, hecho, morada, techo, pan, hogaza, ladrillo,
cal, todo lo que colma, transfigura, lo que salva
(sencillo milagro de lo sencillo,
piedrecitas de redención,
qué cercano lo absoluto, qué tangible)
¿A partir de cuándo?...*

*... Ahora has dado la mano al tiempo,
lo has encerrado en un puño, en unas alas rotas,
en un silencio, lo has guardado en caja de cartón,
de latón, de papel, de palabras.*

*Mira, nos aguarda.
Escucha, hay una luz que canta, un instante que calla,
mira, descansa, descansa, al fin hemos llegado.*

¿A partir de cuándo?

Gracias, Antonio, por este monumento de la palabra y de los encuentros.